



Construcción social de la identidad

Un acercamiento desde una perspectiva múltiple

(Social Construction of Identity.
A Multiperspective Approach)

ADRIANA MARÍA ÁNGEL BOTERO¹

TRADUCCIÓN: CARLOS FERNANDO
ALVARADO DUQUE²

Luego de revisar diferentes bases de datos, pude notar que el concepto de identidad ha sido estudiado por autores pertenecientes a un amplio espectro

de diferentes disciplinas y campos como la antropología, la sociología, la ciencia política, los estudios culturales, la psicología, el feminismo y la comunicación. De acuerdo al enfoque que se privilegie, es posible considerar la identidad como una esencia individual, como un sentimiento colectivo, como un comportamiento aprendido o como un criterio de diferenciación. En este contexto, ¿cuál sería el mejor enfoque para entender el problema de la identidad? Dado que la identidad es un fenómeno construido socialmente, en este trabajo argumentaré que debemos acercarnos a ella desde una perspectiva múltiple que incluya las dimensiones cultural, económica y política, así como el discurso y las manifestaciones materiales. Además, quiero argumentar que una perspectiva múltiple puede ayudar a los académicos a evitar las dicotomías que polarizan y

1 Comunicadora Social y Periodista. Profesora del Área de Formación Básica y Disciplinar, y de Investigación del Programa de Comunicación Social de la Universidad de Manizales. Candidata a PhD en Communication Studies en Ohio University, USA. angeladri@hotmail.com

2 Comunicador Social y Periodista. Profesor del Área de Formación Básica y Disciplinar del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. cfalvarado@umanizales.edu.co

radicalizan las diferentes versiones sobre el problema de la identidad. En su lugar, sugiero la ventaja de optar por una visión dialéctica en la cual tres elementos emerjan en medio de las dicotomías tradicionales. Para lograr este objetivo, comenzaré presentando la tensión entre los acercamientos postestructuralistas y materialistas al fenómeno de la identidad; así, explicaré porqué es posible afirmar que la identidad es socialmente construida; luego de ello, presentaré la obra *Orientalism* (1978) de Said como un ejemplo de la necesidad de considerar la dimensión socioeconómica y política de la identidad; finalmente, sugeriré que el acercamiento dicotómico obliga a los analistas a seleccionar una perspectiva simple que constituye una amenaza a la comprensión profunda del problema de la identidad.

Dimensiones discursiva y material de la identidad

Cuando se reflexiona sobre la identidad emergen algunas preguntas: ¿Todas las personas tienen una identidad? ¿Es la identidad un fenómeno discursivo? O ¿la identidad significa que los grupos comparten una esencial real? ¿Habrá alguna diferencia entre una dimensión discursiva y una material de la identidad? De hecho, una de las ideas que deseo desarrollar en este trabajo es el riesgo que existe si se separan la dimensión discursiva de la material en el campo de la identidad, pues al privilegiar un acercamiento sobre el otro, se obliga a estudiar unos aspectos e ignorar otros. Esta integración, sin embargo, no es fácil de hacer dado que ambas dimensiones, discursiva y material, provienen de diferentes puntos de vista epistemológicos y ontológicos, los cuales pueden

llevar fácilmente a contradicciones a los analistas. Luego de tratar de construir algunas conexiones y puentes entra ambas dimensiones, presentaré algunas ideas generales con respecto a cada uno para mostrar explícitamente el modo en que se aproximan entre sí.

Mientras un punto de vista realista puede definir la identidad en términos de esencia o, al menos, como un conjunto más o menos estable de características compartidas por un grupo de individuos, desde una perspectiva postestructuralista podemos afirmar que es una construcción ya que existe en y a través de textos. Dado que nombrar es un acto simbólico (McKerrow, 1999), es necesario aceptar que no existe ningún contenido esencial, intrínseco de la identidad que pueda localizarse en el mundo real, y que está a la espera de ser representado objetivamente por el lenguaje. La identidad emerge gracias a un proceso simbólico propio del hombre que construye la realidad al nombrarla. De acuerdo con la perspectiva postestructuralista (Bauman, 1996) la idea de una identidad auténtica es una construcción moderna en la cual dicha figura es real, sólida y estable. El giro postestructuralista es importante una vez que muestra que la identidad no es una esencia fija, sino una expresión para escapar de la incertidumbre de no saber con seguridad cuál es el lugar al que se pertenece. (Bauman, 1996, p. 19). Así, ser negro, por ejemplo, no posee ningún significado específico que haga referencia a una realidad particular, pero es una configuración compleja que necesita ser comprendida en términos de diferencia, individualidad y temporalidad; con seguridad una persona negra es diferente de otra cuando él o ella considera factores espaciales y temporales para su propia subjetividad. (Grossberg, 1996).

Dado que nociones como blanco, negro, afroamericano, hombre, latino, etc., son difíciles de definir y localizar, algunos autores postestructuralistas aseguran que es preferible evitar el uso del concepto de identidad porque su existencia es ficticia. Es inapropiado usar nombres como negro, blanco, latino en calidad de etiquetas porque ello conlleva a que cada una se convierta en una esencia o un conjunto específico de características que todos los miembros de un grupo comparten. Por lo tanto, la identidad textual es una construcción, dado que es una invención del lenguaje y no un conjunto de cualidades esenciales de un determinado grupo social. Una vez más, por todos los problemas asociados a la idea de identidad, algunos autores insisten en la necesidad de evitar este concepto y, por tanto, aceptar que el proyecto Moderno de clasificación del mundo ha fracasado.

Ambas perspectivas se tornan contradictorias porque la identidad ni existe, ni posee una dimensión real; o es construida o es dada. Sin embargo, considero que a través de las diferencias epistemológicas entre ambos enfoques, se presentan claves interesantes que ameritan ser consideradas para estudiar la identidad. Uno de los méritos de un acercamiento realista es, paradójicamente, que no se obsesiona con definir la identidad en términos de esencia real, pero insiste en considerar las condiciones materiales y no solo circunscribirlo a un fenómeno textual o discursivo. Por esta razón, prefiero referirme a una dimensión material (no realista) de la identidad para hacer hincapié en el contexto en el que una determinada 'identidad discursiva' emerge. En el mismo sentido, considerando que el materialismo y el postestructuralismo se han convertido en posiciones radicales,

deseo presentar un enfoque alternativo, 'intermedio', que permita a los analistas usar las ideas de ambas posiciones sin caer en mayores contradicciones.

Construcción social de la identidad

No deseo caer en un reduccionismo materialista de acuerdo al cual la identidad está absolutamente determinada por las estructuras materiales, ni tampoco deseo afirmar que una vez que la identidad es construida a través del lenguaje no tenga ningún efecto fuera del texto. Para apoyar la afirmación anterior, sería necesario aceptar que vivimos en la prisión del lenguaje en la cual nada existe fuera del discurso. Cualquier posición radical implica consecuencias políticas: si abrazamos un enfoque materialista debemos considerar la identidad como dada y, por ello, la esencia no puede ser cambiada; esto, de hecho, conlleva fuertes consecuencias negativas para los grupos excluidos, como los negros, las mujeres o los latinos, dado que implica que estas poblaciones son, por naturaleza, inferiores con respecto a otros grupos privilegiados. Por otro lado, si abrazamos una postura postestructuralista, limitamos la identidad a un fenómeno discursivo, por lo tanto, al problema de nombrar la realidad; esto también conlleva consecuencias políticas porque el problema de los grupos excluidos va más allá del reconocimiento y de la redefinición discursiva. Como Frazer (1997; 2009) explica, la injusticia no es solo un problema de reconocimiento sino también de distribución. En el caso de la identidad, el estatus cultural de un cierto grupo tiene consecuencias (y causas) en el acceso a los recursos económicos y la representación política. Usando las palabras de Cloud: "Una política del

discurso, aún cuando el proyecto se basa en los compromisos de la crítica, asume que los oprimidos y explotados necesitan una redefinición discursiva de su identidad como una transformación material como primera tarea”. (Cloud, 1994, p. 157). El problema radica no tanto en el estatus cultural de los grupos excluidos, como en las consecuencias materiales de su condición cultural marginal. Las explicaciones de Asent sobre la necesidad de mantener un balance entre las dimensiones discursiva y material de la ideología pueden ser fácilmente extrapoladas para permitir ese equilibrio en el caso de la identidad: “Necesitamos añadir una concepción sobre la materialidad que establezca un vínculo entre el discurso y las condiciones materiales de las que surge. Exhibiendo, con ella, una retroalimentación mutua, en que el discurso aparece en medio de condiciones particulares que potencialmente lo reconfiguran” (Asen, 2004, p. 268). Estas relaciones informativas son especialmente importantes para explorar las consecuencias políticas y económicas de la identidad como discurso. Siempre que ambos enfoques académicos apropien tanto la dimensión discursiva de la identidad y las condiciones materiales que aparecen en el discurso, podemos tener un mejor entendimiento del problema de la identidad. Una vez más, deseo evitar las posturas radicales de ambos bandos. Como Asen asegura, es necesario rechazar cualquier reduccionismo: “No podemos reducir el discurso a la simple expresión de condiciones materiales, dado que este enfoque implicaría que la materia del discurso es un acercamiento profundo a este fenómeno” (Asen, 2004, p. 268).

El enfoque de Berger y Luckmann (1991) sobre la construcción social de la realidad constituye un ejemplo de

una perspectiva intermedia que ofrece un balance entre ambas perspectivas, porque en última instancia reconoce la existencia de hechos reales, los cuales son la base de la construcción del discurso. En otras palabras, hay hechos, pero solo existen si los nombramos y creamos categorías para hacer referencia a ellos. Otro enfoque postestructuralista más radical afirma que incluso los hechos son contruidos (Mulkay, 1985) y que realmente no existen fuera del texto. De hecho, podemos imaginar un campo teórico cuyo lado izquierdo represente un punto de vista materialista y su lado derecho simbolice el postestructuralista. En el medio (más cerca de la derecha) encontramos el enfoque de la construcción social de la realidad, el cual, por su posición, integra elementos de ambos lados, e ignora otros. Realizaré algunas observaciones sobre las características de un enfoque intermedio.

Considerando la obra de Berger y Luckmann, podemos afirmar que la identidad es un fenómeno de construcción social, el cual no solo tiene consecuencias simbólicas sino también materiales. Siempre que la identidad sea un fenómeno socialmente construido existen una realidad objetiva y una subjetiva. La identidad no es natural ni una esencia fija, pero emerge a través de un proceso de tipificación y habituación, y se institucionaliza cuando los significados que le son propios son generalizados y reconocidos por una comunidad. Para ser institucionalizados, los significados relacionados a una identidad específica necesitan ser legitimados por medio del desarrollo de un universo simbólico o una maquinaria conceptual que garantice a cada miembro de una comunidad compartir los mismos significados respecto a una identidad específica. Así, religión, filosofía, o incluso la ciencia, contribu-

yen para la generación, mantenimiento y reproducción de la identidad de diferentes grupos sociales. Sin embargo, como mencioné, no solo existen como una dimensión objetiva de la realidad, sino también de un modo subjetivo, es decir, significados que los individuos han internalizado a través de procesos primarios y secundarios de socialización. Por lo tanto, los individuos crean identidades que luego son internalizadas como si ellas fueran creaciones objetivas de la naturaleza; o, expuesto en palabras de Berger y Luckmann, las identidades se cosifican y los seres humanos se apropian de ellas como objetos. Es precisamente esta reificación de la identidad la que refuerza la idea de ser un fenómeno creado por la naturaleza. Este proceso de cosificación explica por qué la identidad se convierte en una justificación para la guerra, acciones armadas, y segregación

de grupos. Este proceso de reificación y naturalización explica las consecuencias materiales de la identidad.

Solo si consideramos la dimensión discursiva y material de la identidad podemos dar paso a las acciones políticas con respecto al modo en el cual los otros son representados. De hecho, esto es precisamente lo que Said (1978) describe como el caso de Oriente, pues la representación de esta población en el universo del discurso, acarrea consecuencias políticas en el contexto material.

Política y economía de la representación

Haciendo referencia a la Academia, Foucault (2001) afirma que la “disciplina es un principio de control sobre la pro-



ducción del discurso”, (p. 1467) y Said (1978) muestra el caso de Oriente como el mejor ejemplo de la condición de conocimiento del ser, creado con intereses de representación política e intelectual. Su obra *Orientalism* demuestra que la identidad no emerge, sino que es una construcción humana que permite a los grupos dominantes ejercer poder intelectual sobre la sociedad. Por lo tanto, Said explica que Oriente es una invención que le ha ayudado a Europa a reconocerse como racional, virtuosa, madura, y normal, y ello ha contribuido a estereotipar a Oriente como lo opuesto: irracional, depravado, e infantil. Por lo tanto, los grupos dominantes no siempre definen las identidades haciendo uso del poder físico, pero sí empleando poder simbólico; es decir, el poder de representar a los otros a partir de asignarles características que no les son propias.

Como Said muestra luego de examinar varios textos producidos en el campo académico llamado ‘Orientalismo’, muchos de esos trabajos no presentan evidencia alguna que permitan a los autores afirmar que los orientales son intelectual y moralmente inferiores con relación a los occidentales. Este poder de representar al otro está relacionado directamente con lo que Gramsci (1986) llama hegemonía, es decir, el poder intelectual y moral que unos grupos ejercen sobre otros. Generalmente estos grupos son la clase dominante dentro de una sociedad en la medida en que ellos definen los modos de producción económica, y también ejercen el liderazgo cultural. Said (1978) muestra esta conexión entre ideología y hegemonía: “Hay Occidentales, y hay Orientales. Los primeros dominan; los últimos deben ser dominados, lo cual usualmente significa que sus tierras son ocupadas,

sus conflictos internos rígidamente controlados, su sangre y sus tesoros puestos a disposición de otro poder” (p. 36). Quien puede dominar política y económicamente una sociedad puede dominar también sus producciones culturales. Siempre y cuando las representaciones se conviertan en reificaciones, la identidad se torna un problema esencial de la humanidad de otra cultura. Las identidades son formadas por una clase de hiper-codificación (1976) en la cual los individuos relacionan grupos culturales a unos mismos significados, por ejemplo, Oriente a irracionalidad, Suramérica a subdesarrollo, el cuerpo del hombre a masculinidad.

Así, la manera en la cual los otros (individuos, grupos) son representados, implica una dimensión política, siempre que esta representación sea hecha desde el marco de las relaciones de poder. Como muestra Said, la manera en que las clases dominantes y los grupos hegemónicos representan las minorías, conlleva consecuencias políticas, culturales y económicas. Al crear un nombre, y, por tanto, una etiqueta, los grupos privilegiados tienen el poder de definir la naturaleza de los otros. Sin embargo, estas etiquetas son nombres ficticios que drásticamente reducen las características de los otros e, incluso peor, hacen esenciales estas características que se presentan como si fueran dadas. En este sentido podemos preguntar: ¿Qué es Oriente? ¿Y qué hace que esta etiqueta tenga significado? Estas etiquetas son tan artificiales que en algunos casos solo existen para los grupos sociales que las producen.

¿Qué propósito tiene el uso de estas etiquetas? No deseo sostener un punto de vista ingenuo según el cual los grupos o clases poderosas dominan explícita y

conscientemente a otros grupos sociales en un sentido maquiavélico. Sin embargo, reconozco las consecuencias de representar a los otros como inferiores. Algunos vocabularios trabajan como pantallas que muestran la dimensión política de la representación. Expresiones como “grupos marginales”, “capacitar a las personas”, o “darles una voz” son ejemplos de las relaciones de poder que ciertas representaciones pueden generar. Este vocabulario genera un mecanismo retórico en el que un grupo determinado da voz y apoya a los marginados. Entonces, por medio del lenguaje, la noción marginalizado se torna natural y esto contribuye a mantener el statu quo del grupo. Se asume que los grupos marginados no tienen los medios para subsistir por sí mismos. Sin embargo, como apunta Radaway “Hay personas ‘ahí afuera’ que tienen voz. Hablan lenguajes y tienen prácticas que ordinariamente no tratamos de escuchar. El problema es nuestra habilidad para oír diferentes discursos. El problema es que ellos hablan realmente -con acciones, con furia, con hambre-, y nosotros no sabemos cómo escucharlos aún” (Citado por Shome, 1999, p. 603). La noción de subdesarrollo constituye otro ejemplo de las etiquetas utilizadas para crear una identidad particular para un grupo. Ideas como “primer mundo” y “tercer mundo” no solo neutralizan la diferencia dentro de sus respectivos grupos, sino que mantienen las relaciones de poder (Shome, 1999) entre naciones.

En este punto necesito ser extremadamente cuidadosa con el fin de no caer en contradicciones. Los ‘grupos marginados’ y ‘los países subdesarrollados’ no existen únicamente como consecuencia específica de la creación de los discursos y vocabularios que los nominan. También existen dados los diferentes aspectos

materiales que explican su condición. En otras palabras, existen por razones económicas que explican por qué un país es subdesarrollado; sin embargo, más allá de esta razón, también un discurso crea un conjunto de connotaciones y estereotipos sobre esta condición. De acuerdo con Shome y Hegde (2002) percatarse de esta relación entre el discurso y las condiciones materiales nos permite evitar descontextualizar uno de los mayores problemas de los estudios postcoloniales, en el que “todo se ha convertido texto y narración, mientras el contexto histórico desaparece como un fondo difuso” (p. 257). Más allá de evitar la descontextualización, considero también necesario evitar lo que Shome y Hegde (2002) llaman el enfoque estético de la multiculturalidad porque no cuestiona la estructuras internas del poder ni toca las contradicciones y las tensiones propias de la vida cotidiana. El acercamiento exclusivo desde la perspectiva postestructuralista, conduce al análisis propio del multiculturalismo a una discusión superficial que reduce la identidad a un mero problema textual.

Esta política de la representación también debe ser articulada de manera explícita con la dimensión económica. Así, incluir la noción de clase es fundamental desde una perspectiva múltiple sobre la identidad que deseo argumentar en este trabajo. En realidad, la tradición conocida como los estudios culturales (Barker & Beezer, 1997) ha realizado importantes contribuciones desde las ciencias sociales y humanas sobre la necesidad de estudiar las culturas populares a partir enfoques tan variados como el psicoanálisis, el postestructuralismo, la literatura, la antropología y el feminismo. Influenciados por los estudios culturales, los investigadores comienzan a considerar en sus estudios categorías

como género y raza. Sin embargo, olvidan incluir por completo, en esta lista de categorías, aspectos referentes a las clases sociales. De acuerdo con varios investigadores (Ferguson & Golding, 1998; Curran, 2002), esta omisión condujo a los estudios culturales a equiparar el concepto de ideología con el de hegemonía sin tomar en cuenta que, al menos en su definición original, la primera es una categoría económica, mientras la segunda es una cultural. Esta afirmación puede parecer difícil de sostener cuando ambas, ideología y hegemonía, han sido redefinidas tantas veces. Sin embargo, si leemos las primeras definiciones de ideología (Marx, 1990) y hegemonía (Gramsci, 1986), podemos hacernos una idea de que no solo no son conceptos equiparables, sino también que dirigen la atención a dimensiones diferentes. Mientras la ideología es comprendida como el conjunto de ideas dominantes que naturalizan las relaciones sociales mostrando estas ideas dominantes como generales, por ejemplo, razón o validez, la hegemonía es comprendida como el liderazgo moral e intelectual ejercido por los grupos dominantes sobre los subalternos. Lo que defiende no es que se deba regresar al marxismo clásico o que necesitemos rechazar las más recientes interpretaciones y redefiniciones de la ideología y la hegemonía. En su lugar, quiero señalar que las recientes reflexiones del marxismo (Cloud, 2006; Ferguson & Golding, 1998) no deben ocultar la importancia de estudiar la influencia de las clases sociales y los recursos económicos en los fenómenos sociales. En el estudio de la identidad, una categoría como clase social puede ayudar a comprender el rol de las condiciones materiales en la creación de los discursos sobre los otros. Como muestra Cloud, es problemático aceptar de antemano la identidad de

clase; sin embargo, como argumenta Gramsci: “Los trabajadores comparten unas condiciones fundamentales previas y un interés real en la superación de la explotación que podría ser la base para ganar organización política y la lucha de clases” (Cloud, 2006, p. 339).

Me he esforzado en mostrar la importancia de superar un acercamiento dicotómico en la cual la identidad deba ser estudiada ya sea como un fenómeno discursivo o como uno material, o como un problema socio cultural o uno económico. Más bien, considero la importancia de acoger el punto de vista de una perspectiva múltiple que nos conduce a explorar diversos aspectos de la identidad. En este sentido, se necesitan más acercamientos teóricos y metodológicos que ayuden a incluir diferentes categorías en el mismo estudio. Un ejemplo de una nueva visión que va más allá de una perspectiva dicotómica es el enfoque de Anzaldúa (2007) sobre las zonas fronterizas.



El futuro en los estudios de la Identidad

Anzaldúa explora la situación de los grupos no privilegiados que se encuentran en zonas fronterizas; es decir, personas que se hallan en dos lugares o espacios simbólicos al mismo tiempo. La importancia del concepto de zona fronteriza de Anzaldúa radica en que implica incluir un tercer elemento para interpretar el mundo. Estar en una zona fronteriza no implica escoger una identidad, un lugar, un rol, pero sí el darse cuenta de la existencia de un tercer espacio desde el cual la realidad puede ser aprehendida. El problema no es escoger entre dos opciones, blanco-negro, masculino-femenino, aquí-allá, o nosotros-ellos, sin embargo, situarse en el borde de estas dicotomías es clave para trascender las dualidades. Anzaldúa establece una síntesis dando pie a una nueva consciencia mestiza. Pero usar el término mestizo no significa que cada individuo deba verse como un mestizo, es decir, como un ser dual. Su enfoque es más profundo dado que implica una epistemología diferente en la cual es necesario incluir (normalmente) un tercero excluido y considerar un sentimiento de transición. *Nepantla* es el nombre que Anzaldúa emplea para explicar este sentimiento de transición en el cual experimentan los individuos que se encuentran en un continuo proceso de transformación. Las amplias implicaciones de las ideas de Anzaldúa son analizadas por Pérez (2005) quien

concluye que la autora incorpora una nueva epistemología que implica una teoría descolonial bajo el amparo del paradigma de postcolonialista: “Ella fue más allá del Proyecto Chicano Nacionalista para dar cuerpo a un Proyecto Feminista Postcolonial en el cual los nuevos mestizos, las mujeres de raza mixta sean el sujeto privilegiado en el espacio, ese espacio intermedio que antes era una nación y debe seguir sin fronteras, sin ataduras” (Pérez, 2005, p. 6). Este enfoque cuestiona el modo en que la idea de identidad ha sido tradicionalmente entendida, porque no es un problema que concierna solo a un grupo, sino un cuestionamiento epistemológico relativo a la conciencia. Desde la perspectiva de Anzaldúa es un problema del ser humano que se encuentra en una zona fronteriza, en la frontera en donde los individuos deben usar su entendimiento; es decir, propiciar una nueva epistemología sobre el tema.

El enfoque de Anzaldúa constituye una buena alternativa epistemológica para estudiar el problema de la identidad. Sin embargo, a fin de lograr un acercamiento a la identidad desde una perspectiva múltiple, sobre el que he estado escribiendo, es necesario expandir su teoría para que incluya explícitamente categorías económicas y políticas. Aunque la autora no ignora estas dimensiones, es fundamental explorar más los marcos teóricos y epistemológicos que nos permitan examinar las políticas de representación y las condiciones materiales de la identidad.

Referencias bibliográficas

- Anzaldúa, G. (2007). *Borderlands: the new mestiza = la frontera* (3rd ed.). San Francisco, United States: Aunt Lute.
- Asen, R. (2004). A Discourse Theory of Citizenship. *Quarterly Journal of Speech*, (No. 90), 189-211.
- Barker, M. & Beezer, A. (Eds.). (1997). *Introducción a los Estudios Culturales*. Barcelona, España: Bosch.
- Bauman, Z. (1996). From pilgrim to tourist -or a short history of identity. In Hall, S., & Gay, P. (Eds.), *Questions of Cultural Identity* (pp.18 - 36). London, England: Sage.
- Berger, P. & Luckmann, T. (1991). *The social construction of reality*. New York, United States: Penguin.
- Cloud, D. (1994). The materiality of discourse as oxymoron. *Western Journal of Communication*, (No. 58), 141-163.
- Cloud, D. (2006). The Matrix and Critical Theory's Desertion of the Real. *Communication and Critical/Cultural Studies*, (No. 3), 329-354.
- Curran, J. (2002). *Media and power*. London: Routledge.
- Eco, U. (1976). *A theory of semiotics*. Bloomington, United States: Indiana University Press.
- Ferguson, M. & Golding, P. (1998). *Economía política y estudios culturales*. Barcelona, España: Bosch.
- Foucault, M. (2001). The Archaeology of Knowledge. In Bizzell, P. & Herzberg, B. (Eds.), *The Rhetorical Tradition: Readings from Classical Times to the Present* (pp. 1436-1460). Boston, United States: Bedford/St. Martin's.
- Fraser, N. (1997). *Justice Interruptus: Critical Reflections on the "Postsocialist" Condition*. New York, United States: Routledge.
- Fraser, N. (2009). *Scales of Justice: Reimagining Political Space in a Globalizing World*. New York: Columbia University Press.
- Gramsci, A. (1986). *La formación de los intelectuales*. Ciudad de México, México: Grijalbo.
- Grossberg, L. (1996). Identity and cultural studies -Is that all there is? In Hall, S., & Gay, P. (Eds.), *Questions of Cultural Identity* (pp. 87 - 107). London, England: Sage.
- Marx, K. (1990). *La ideología alemana*. Madrid, España: Pueblos Unidos.
- Mckerrrow, R. (1999). Critical rhetoric: theory and praxis. In Lucaites, L.L., Condit, C., & Caudill, S. (Eds.), *Contemporary rhetorical theory* (pp. 441- 463). New York, United States: The Guilford Press.
- Mulkay, M.J. (1985). *The word and the world: Explorations in the form of sociological analysis*. Boston, United States: Allen & Unwin.
- Pérez, E. (2005). Gloria Anzaldúa: La Gran Nueva Mestiza Theorist, Writer, Activist-Scholar. *NWSA Journal* (No. 17), 1-10.
- Said, E. (1978). *Orientalism*. New York, United States: Vintage, 2003.
- Shome, R. (1999). Postcolonial interventions in the rhetorical canon: an 'other' view. In Lucaites, L.L., Condit, C., & Caudill, S. (Eds.), *Contemporary rhetorical theory* (pp 591- 608). New York, United States: The Guilford Press.
- Shome, R & Hedge, R. (2002). Postcolonial approaches to communication: Charting the terrain, engaging the intersections. *Communication Theory* (No. 12), 249-270.